

ENTRE EL LLANO Y EL ESTADIO.
VISIÓN HISTÓRICA DE LOS ESPACIOS DEPORTIVOS
EN GUANAJUATO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

César Federico Macías Cervantes
Departamento de Historia, Universidad de Guanajuato

Durante la primera mitad del siglo xx, en buena parte del mundo occidental los deportes arraigaron en las sociedades. Su expansión como fenómeno social que igual tocaba a la educación que a la economía fue parte de una serie de mutaciones que se vieron reflejadas, incluso, en la transformación de la fisonomía de las ciudades y de las poblaciones en crecimiento que aspiraban a serlo. La infraestructura deportiva devino en una más de las preocupaciones sociales. En este artículo se hará una revisión de algunos aspectos históricos relacionados con los espacios tomados para la práctica de los deportes y su exhibición en el marco geográfico del estado mexicano de Guanajuato.

I.

Evidentemente, el paisaje de las ciudades hoy día es muy diferente al de hace 100 años, y en las ciudades del estado de Guanajuato no hay excepción. Cuando nos ponemos a pensar qué es lo que tienen hoy diferente respecto de cómo eran un siglo atrás podemos empezar a hacer una lista que incluye, desde luego, todo lo que existe ahora en lo que han sido zo-

Recibido: 12 de junio de 2013.
Aceptado: 5 de agosto de 2013.

nas de crecimiento: avenidas, centros comerciales, escuelas, colonias y unidades habitacionales... pero también tenemos estadios, unidades deportivas, parques, canchas deportivas, campos de juego y, desde luego, éstos forman parte del equipamiento que durante el siglo xx se terminó por considerar necesario para el desenvolvimiento de las sociedades urbanas.

Hoy día, prácticamente todo centro escolar cuenta, por lo menos, con una cancha de juegos, y no hay escuela nueva que no tenga contemplado en sus planes la construcción de una cancha. También podemos ver que muchas veces los nuevos fraccionamientos utilizan sus áreas de donación para, entre otras cosas, poner una cancha; incluso las poblaciones rurales dejan algún predio disponible para campo de juegos, y las ciudades grandes tienen dentro de sí “ciudades” o unidades deportivas. Pero, ¿por qué en el siglo xix no era así?, ¿por qué las escuelas no tenían como espacio inevitable una cancha?, ¿por qué las mayores ciudades no contaban con un estadio de futbol o beisbol?, ¿acaso la sociedad porfiriana, aun en su ocaso, no le daba importancia a la salud?

Para intentar dar una respuesta a la pregunta anterior permítaseme exponer otras preguntas: ¿qué es lo que hace posible que 10,000 personas se reúnan en torno a un campo deportivo para ver a un par de decenas de seres humanos jugando?, ¿cómo fue que el deporte se ganó una sección en los periódicos?, ¿en qué momento y por qué la gente empezó a pagar dinero para que la dejaran entrar a un lugar específico a hacer ejercicio?

En realidad ninguna de las preguntas que he formulado tiene respuestas planas ni simples, y algunas de éstas merecerían ser parte de la agenda de trabajo de un grupo estudioso de la historia urbana, de la historia social, de la historia económica y de la historia cultural, pero también es cierto que para el estado de Guanajuato tenemos algunos elementos de respuesta que vale la pena ir exponiendo en espera de que un día se sumen estudios que aporten a la comprensión de otros niveles de la historia de México del siglo xx.

II.

Tenemos algunas pistas y pocas certezas; acaso podamos hacer algunas inferencias y partir de la generalización. En el siglo xix sólo en algunos estados del país había gimnasios para el uso de los estudiantes de los colegios estatales, Guanajuato era uno de ellos, con su gimnasio establecido en 1870.¹ También sabemos que algunas de las primeras

¹ Lanuza, Agustín, *Historia del Colegio del Estado de Guanajuato*, Guanajuato, Universidad de Guanajuato, 1997.

personas que ganaron dinero en torno a la práctica deportiva eran instructores de gimnasia y esgrima, contratados precisamente para enseñar las disciplinas. Pero ¿cómo se desarrollaba el entrenamiento de esa actividad?, ¿siempre se tuvieron espacios acondicionados como se indica que ocurrió en el Colegio del Estado?, ¿se valieron de patios o terrazas cualesquiera o de salones adaptados?, ¿acaso se construyeron específicamente gimnasios o salas de esgrima?

Se han hecho públicas algunas fotografías sobre lo que al final del Porfiriato se llamaban *sports*, y de entre ellas quiero detenerme en dos.

La ilustración 1, al no tener más especificación que se trata de una clase de calistenia, puede ser cualquier clase de las escuelas para mujeres adolescentes o adultas de la Ciudad de México, y como se ve, se impartía en un patio de alguna vieja casa adaptada como escuela, esto último cosa bastante común en aquellos días.



Ilustración 1. "Clases de Calistenia", Ciudad de México, ca. 1910. Tomada de Rodríguez Hernández, Georgina, "Orden, progreso y sport", en Patricia Golá (Dir.), Luna córnea, núm. 16, septiembre-diciembre, México, Conaculta, 1998, p. 15.



Ilustración 2. “Escuela Magistral de Esgrima”, Ciudad de México, ca. 1910, tomada de Rodríguez Hernández, Georgina, “Orden, progreso y sport”, en Patricia Golá (Dir.), *Luna córnea*, núm. 16, septiembre-diciembre, México, Conaculta, 1998, p. 17

Pero la ilustración 2 es más notable, ya que se trataría ni más ni menos de uno de los íconos de la educación del cuerpo durante el Porfiriato, ya que según ha establecido Abraham Ferreiro, creada en 1907 y puesta en manos de Lucien Merignac, la Escuela Magistral de Esgrima estuvo destinada a la formación de instructores de esgrima, tiro, gimnasia e instrucción militar para los ministerios de Guerra y Marina y de Instrucción Pública².

Evidentemente, la imagen de los esgrimistas se trata de una foto posada, de una escena puesta, pero ¿existen imágenes del interior de la escuela? Se cae en la cuenta de que no podemos determinar el equipamiento interior de una de las principales, si no es que la principal escuela de instructores deportivos de aquellos días.

² Ferreiro Toledano, Abraham, *Desarrollo de la educación física y el deporte en México en el siglo xx*, vol. I, México, Comité Olímpico Mexicano, 2006, p. 77.

Recordando algunas otras imágenes porfirianas asociadas al ciclismo, al hipismo, al *lawntennis* o al canotaje, no se puede pasar por alto que los entonces entendidos como *sports* tenían mucho más de acto social que de otra cosa.

III.

Ha quedado dicho que los sistemas educativos también incluían para algunos casos la formación gimnástica de los estudiantes; pero no podemos pasar por alto que si hoy día la educación superior es un espacio al que accede un porcentaje muy bajo de la juventud mexicana, en aquellos días era muchísimo más limitado y, también como hoy, muchas veces el límite era establecido por la capacidad económica de las familias. ¿Y fuera de los colegios? Las élites porfirianas, desde luego, tomaron por costumbre acompañar sus ágapes con muestras de la destreza física de sus efebos; mas no hay que olvidar que luego del desajuste revolucionario, más allá en tiempo y en otros espacios, la práctica de los deportes llegó a otros sectores de la población ¿Dónde y cómo se fue haciendo popular el deporte? ¿Dónde jugaban los obreros que no tenían acceso al *British club* o los mozalbetes que ni siquiera eran parte de algún incipiente sindicato o hermandad? ¡Claro! En las calles y en los llanos, e incluso en lugares un tanto insospechados.

Para fin de los años 10 en la ciudad de Guanajuato existió el Club Deportivo Guanajuato, que tenía tres “secciones”: Beisbol, Futbol y Junior,³ y muy posiblemente ellos se adjudicaron algún terreno entre cañadas para poder jugar, pero no se puede dejar de mencionar un par de quejas aparecidas en la prensa dos años después:

En la primera se asienta:

Si a estos respetables Guardianes del orden públicos [sic] no les llama la atención que en plena calle jueguen los muchachos su base-ball o a la pelota, toreen a Justo y pinten las paredes, más mientras más limpias estén, a los transeúntes si les llama, y mucho, que aquellos no cumplan con su deber.⁴

³ Archivo General del Estado de Guanajuato (AGEG), fondo secretaría de Gobierno, sección Guerra, sub-sección Dirección Local de Militarización del Estado, expediente 207, 1919.

⁴ AEGE, *La Montaña*, Dir. J. de Jesús Corrales, Guanajuato, Gto., 29 de mayo de 1921, p. 1.

En 1910, como parte de las actividades festivas por el centenario del inicio de la Guerra de Independencia, en la ciudad de Guanajuato se estrenó el Mercado Hidalgo; para 1921 en un diario de la capital guanajuatense se asentaba respecto al inmueble:

Siempre está entre semana, solo, muy solo; en las noches es cuando se ve un poco animado, porque los muchachos han hecho su field para el base ball, a pesar de las protestas de los pocos comerciantes que allí quedan.

No le hace: ¡a la postre ha de quedar como *field*!⁵

Hay más pistas de cómo los practicantes de más deportes, en otras poblaciones, se fueron haciendo durante los años veinte de los espacios para la práctica de los deportes y de la formación de una afición dispuesta a pagar por ver los juegos. En Irapuato, desde la segunda década del siglo xx se habrían establecido los primeros equipos de fútbol: Deportivo Irapuato y Mutualista y, según un relato de Evaristo Cortés,⁶ rescatado por el veterano periodista Gonzalo Vargas, los miembros de este club se consiguieron un terreno cercano a la estación de ferrocarriles y allí jugaban; aprovechando que la gente de cualquier forma iba a la estación, un día los del equipo de fútbol le pagaron a una banda de música para que fuera a tocar a su campo, “la gente al oír la música se acercó y vio que estábamos jugando, desde entonces la banda iba a tocar domingo a domingo, les pagábamos y todavía nos quedaban algunos centavitos”.⁷

Si damos por bueno el relato atribuido a Evaristo Cortés, tendríamos una huella sobre la formación de la afición deportiva en Irapuato, y aquí tenemos entonces ya presentes dos de tres o cuatro elementos que se entrelazaron para dar lugar al fenómeno objeto de este artículo; estos dos elementos son: la afición por la práctica deportiva y el gusto por observar esta práctica.

Si a los jugadores del equipo Mutualista les quedaban algunos centavitos luego de pagar a la banda era porque los del equipo tenían algún modo de ingreso, y éste seguramente era por uso de bancas o sillas. Un periodista que con el pseudónimo “Pelotas” firmó una nota en 1922 nos da en su crónica una idea más cercana:

Me mandaron a tomar la crónica del juego de foot ball efectuado el domingo 12 de los corrientes en terrenos de la estación, y fui aunque debo advertir que poco o nada conozco del juego.

⁵ AGE, *La Montaña*, 5 de junio de 1921, p. 2.

⁶ Fundador del Mutualista.

⁷ Vargas, 1997.

Al llegar me coloqué en una incómoda banca que más tardé en sentarme que en cobrarle 10 centavos por el asiento.

El cobrador me dio la contraseña respectiva y un papelito con una especie de consejos, instrucciones o regaños para los que van a presenciar el juego.

Si yo no hubiera sido mandado y no hubiera pagado ya el asiento me hubiera ido mejor a mi casa, pues debían instruir al pueblo bajo, que la gente decente bien sabe cómo debe portarse tanto en los toros como en un sermón.

No obstante mis diez centavos una barrera de señoritas, en su mayoría, se instalaron frente a las bancas y los tontos que pagamos nuestros asientos, la tuvimos que hacer de pie...

Para este domingo se espera un partido muy reñido, y quizá habrá más concurrencia, no obstante que el pasado estaba el campo pletórico de gente.⁸

En los procesos que se dieron para que las poblaciones contaran con espacios para la práctica de los deportes durante los años veinte y el inicio de los treinta pueden observarse diferentes escenarios respecto a la interacción de la población. Mencionaré enseguida dos casos que son polos opuestos.

Uno ocurrió en Acámbaro, al sur del estado, y se trata del procedimiento para la formación de los espacios deportivos que todavía hoy se conocen como “Campo Unión”. En 1924 obreros y empleados del ferrocarril de dicha ciudad habían formado una sociedad llamada “Parque Deportivo Unión”,⁹ para comprar un terreno de poco más de tres hectáreas en el cual pudieran practicar deportes, e hicieron el pago respectivo para amarrar trato a los “hermanos Alanís”, pero el convenio quedó en lo verbal y nunca se acabó de pagar, así que a los cinco años de entregado el enganche, el abogado de los Alanís reclamó la devolución del terreno planteando que lo desembolsado por la sociedad se tomaría como renta por los cinco años de uso como campos deportivos.

Los de la sociedad empezaron entonces un proceso de acercamiento con las autoridades municipales, así como con el Congreso del Estado y el Ejecutivo Estatal y contaron con el apoyo absoluto por parte de las autoridades del municipio, lo que valió para que a fin de cuentas las autoridades estatales los atendieran favorablemente y los campos, ampliados, fueran expropiados por utilidad pública y dedicados, en efecto, a la práctica deportiva. A los solicitantes también les benefició que precisamente 1929

⁸ Archivo Histórico Municipal de Irapuato (AHMI), *El Centro*, domingo 19 de febrero de 1922.

⁹ Toda la información respecto a este caso está tomada del Archivo Histórico Municipal de Acámbaro Guanajuato (AHMAG), sección presidencia, serie deportes, 1929, expediente 2.

fue un año en el que, desde el Ejecutivo Federal, se exaltó al deporte como parte de los símbolos de la Revolución operante en el país. No se debe perder de vista que desde el segundo semestre de ese año se habían iniciado los preparativos desde el plano local (aunque orquestados desde la Ciudad de México) para que en 1930 el relevo de la presidencia de la República tuviera un ropaje netamente deportivo, con escenario en el Estadio Nacional y con representaciones de deportistas de todo el país.¹⁰

En el discurso de los peticionarios para la expropiación del Campo Unión se vieron reflejados conceptos que también fueron usados por autoridades de distintos niveles en el país: alejar al pueblo del vicio, mejorar la raza, impulsar el deporte, etcétera. Y, al mismo tiempo, dejan ver tanto la creciente participación de la población en equipos deportivos (presentan datos de nuevos equipos en diferentes deportes), la ampliación de espacios (indicando la necesidad de construir nuevos campos adicionales a los existentes) y la creación de espacios para los espectadores (al solicitar apoyo para ampliar las gradas).

En suma, el expediente del Campo Unión en Acámbaro nos permite ver la alianza entre diferentes segmentos de la población para conseguir, extender y mejorar las instalaciones deportivas públicas al finalizar los años veinte.

En Irapuato está el segundo de los casos que me permitiré apuntar, se trata de la construcción en 1928 del Estadio Álvaro Obregón.

En el caso de este estadio irapuatense, como se puede apreciar en las ilustraciones 3 y 4, se trata de una instalación ya con toda la forma, aunque las tribunas se encuentren sólo por uno de los costados del campo deportivo y su respectiva pista de atletismo. Sin embargo, en la memoria de los deportistas irapuatenses no se habla mucho de estas instalaciones, acaso porque en realidad fueron hechas en forma faraónica, ya que a pesar de que al siguiente día de su inauguración se difundiera una congratulación en la prensa local por contar con un “estadio, perfectamente acondicionado y que fue construido a iniciativa del señor general Jaime Carrillo [...] apoyado eficazmente por el gobierno [del estado], por el comercio, las autoridades municipales y la sociedad en general”,¹¹ en poco tiempo se reprodujeron voces quejas.

Bajo el título “Cómo se construyó un estadio”, la misma prensa local reproducía un artículo aparecido en la Ciudad de México en el que se narraban múltiples arbitrariedades cometidas por los militares que encabezaba el ya mencionado general Carrillo:

¹⁰ Macías Cervantes, César Federico, *La prácticas deportivas (y las diversiones) en Guanajuato entre 1920 y 1960, una apuesta de historia sociocultural*, tesis de Doctorado en Historia, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, 2010.

¹¹ AHMI, *Labor*, Dir. A. Calderón, Irapuato, Gto., 16 de septiembre de 1928.

despojo de terrenos, imposición de cuotas económicas a la población, falta de pago a materialistas y transportistas –exceptuada una “casa alemana”– privación de la libertad a personas a las que luego “se les forzó a desempeñar inmundas faenas como son la fabricación de adobes y atarjeas”, entre otras. Y queriendo aparecer como un desmentido, el artículo de la prensa de Irapuato en realidad daba más detalles de los mecanismos arbitrarios de los militares.¹²



Ilustración 3. “Repartición de premios a los vencedores en los concursos hípicas y deportivos en el campo Álvaro Obregón”, Irapuato, 15 de septiembre de 1928, sin atribuir, Archivo General de la Nación (AGN), Administración Pública, Obregón-Calles, 725-I-7.

¹² AHMI, *Labor*, 27 de septiembre de 1928, p. 1 y remisiones.

El espacio que sí aparece continuamente entre los gratos recuerdos de los irapuatenses es el campo Águila, inaugurado, a decir de Gonzalo Vargas,¹³ en 1929. Así que no es de extrañar que por alguna razón los irapuatenses no se hayan identificado con el campo impulsado por los militares como sí lo hicieron con el patrocinado por una compañía cigarrera.



Ilustración 4. “El General Carrillo y los jefes y oficiales concursantes llegando al campo el día de su inauguración”, Irapuato, 15 de septiembre de 1928, sin atribuir, AGN, Administración Pública, Obregón-Calles, 725-I-7.

¹³ Gonzalo Vargas Vela, *Esso, toros y deportes*, Irapuato, 1997.

Por el seguimiento que he podido hacer en el estado de Guanajuato, parece ser que los años veinte del siglo xx fueron la etapa de transición de las prácticas deportivas; sus practicantes dejaron de ser exclusivamente miembros de las élites locales inscritas en clubes: cada vez se vieron más grupos de amigos y compañeros de trabajo de diferentes niveles sociales. Los equipos empezaron a formarse, incluso, en torno al barrio, y posteriormente se verían las primeras ligas tanto de fútbol como de béisbol, luego algunas de basquetbol.

Estas ligas verían transcurrir sus torneos en los nacientes espacios acondicionados para sus deportes. Las diferentes narraciones que tenemos de actividades deportivas de la primera mitad del siglo xx nos dejan claro cuáles fueron los espacios de los que las poblaciones se apropiaron.

En Irapuato se encuentran frecuentemente los nombres del campo Águila, la cancha Francisco Sarabia, el estadio Revolución o la arena Constancia; en León el estadio Patria, la arena Isabel, el parque Hidalgo, la cancha de la Prevocacional, la unidad deportiva del Coecillo o el estadio de la Martinica; en Celaya el parque Venustiano Carranza, los campos Molina, el estadio de Luz y Fuerza, la cancha de frontenis de la Calzada Juárez; en Guanajuato el parque San Jerónimo, la cancha de Cristal, la cancha del Internado, o el Reforma (cine); en Acámbaro el parque Zaragoza, los Baños Apolo (alberca), la arena Acámbaro, el campo Unión, la cancha del Sindicato Ferrocarrilero; en Dolores el estadio Independencia.

En las canchas, estadios, parques y arenas referidos se vivió la profesionalización de algunos deportes como el fútbol y el béisbol, y la creación de estadios parecería un paso muy natural de una actividad que se hizo económicamente rentable, pero en realidad, aunque no se tratara de espacios para deportes profesionales, la gente se preocupaba por la calidad de sus instalaciones deportivas.

En la prensa de Acámbaro de 1944¹⁴ se puede seguir un episodio de fracaso en la consecución de nuevas instalaciones deportivas, pero lo que más me llama la atención son los términos que se manejaron. El proyecto de la Unión Deportiva Municipal Acambarensis contemplaba construir un centro que contara con espacios para basquetbol, frontón, pingpong, alberca olímpica, gimnasio, boliche, biblioteca y sala de lectura... en fin, “todos los servicios que un casino social, cultural y deportivo realmente es en las grandes urbes”.

Y aquí hemos llegado a otro de los puntos fundamentales que movían a la creación de más y mejores espacios deportivos: la idea de desarrollo. El contar o no con ins-

¹⁴ Hemeroteca Nacional (HN), *Acámbaro al día*, Dir. Alfredo López, números entre el 1 y el 11 de febrero de 1944.

talaciones deportivas o la calidad de las mismas podía ser tomado como signo del grado de avance de una sociedad; no podemos olvidar que los deportes fueron conceptualizados como formas “modernas” y “desarrolladas” de ocupar el tiempo libre, al mismo tiempo que se asociaron inevitablemente a la idea de lo urbano. Las poblaciones tenían que llegar a ser como las grandes ciudades, con pavimento, con vehículos automotores, con muchas luces y destellos, con cines y hospitales, con escuelas y con buenas instalaciones deportivas. No olvidemos el simbolismo del desfile con que se conmemoraba la Revolución, ese gran marcador histórico de nuestro país: se trataba de un desfile deportivo, la promesa de una sociedad, principalmente de su juventud, que emergía sana, limpia, ordenada y vigorosa de entre las llamas que envolvieron a nuestro país.

De hecho, las ciudades o unidades deportivas fueron percibidas como una especie de cúspide de desarrollo urbano y económico de aquellas épocas, ya que no cualquier ciudad se daba el lujo de tener una.

En el estado de Guanajuato, el primer gran proyecto de equipamiento deportivo que se logró fue el denominado precisamente Revolución, llevado a cabo en la ciudad de Irapuato, sede de la zona militar, sobre el que la prensa exaltó: “En efecto, el propósito del gobierno [fue crear] una especie de ciudad deportiva, donde se reúnan, sin distinción, todos aquellos que prefieran el fomento de una raza fuerte”.¹⁵ El complejo Revolución empezó a construirse el 7 de diciembre de 1937 y, paradójicamente, lo primero que se terminó fue la plaza de toros; la última instalación que se inauguró fue la alberca, que se abrió al público el 2 de mayo de 1943. Allí había además un estadio de fútbol (se dice que el primero de concreto en construirse en nuestro país), un parque de beisbol, un jardín botánico y un centro de atletismo.

Ubicando las ideas prevalecientes en la época es fácil imaginar el orgullo de los irapuatenses y la preocupación de los habitantes de otras ciudades que se veían rezagadas en el desarrollo... allí no se podría desarrollar una raza fuerte como, en cambio, se facilitaba a partir de entonces en Irapuato (y en esos años el discurso de las razas fuertes primaba en no pocos países del planeta con mucha fuerza); ni podrían ser una gran urbe (como mostraban las preocupaciones referidas en el caso de Acámbaro). Tardarían un poco en tener listas en León y en Celaya, respectivamente, las unidades deportivas Enrique Fernández Martínez y Miguel Alemán y así, como se escribió en Celaya, tener por fin “la Unidad [deportiva] que corresponde a la ciudad”,¹⁶ aunque esto se concretó hasta 1956.

¹⁵ AGEG, *Guanajuato, diario del Bajío*, Dir. Armando Calderón, Irapuato, Gto., 27 de mayo de 1942.

¹⁶ HN, *La palabra*, Dir. Manuel Urbina Ciénega, Celaya, Gto., 13 de octubre de 1949.

No todos pudieron o han podido ver realizado su sueño de modernidad. Todavía en 1960, aprovechando la euforia provocada en San Miguel de Allende por la coronación de su equipo de fútbol como campeón de la zona centro, José Mercadillo, cura párroco de aquella población, impulsó la idea de construir “un estadio donde puedan jugar cómodamente y no revolcándose y golpeándose peligrosamente en la tierra suelta en campos libres, donde los aficionados se la tienen que pasar siempre de pie”.¹⁷

IV.

Para cerrar, no quiero dejar pasar por alto que una realidad de aquellos días fue que muchas de las principales instalaciones deportivas eran públicas (administradas por escuelas y ayuntamientos) y en muchos casos los usuarios, principalmente las ligas deportivas, debían pagar renta por el uso de ellas; con el tiempo así siguió siendo en muchos casos, pero también con el tiempo surgió una circunstancia de excepción: los equipos de ligas profesionales, especialmente en el caso del fútbol, supieron manejar el discurso del desarrollo urbano y social para lograr concesiones de exclusividad y hasta situaciones de propiedad sobre instalaciones deportivas que se construyeron con recursos públicos para el uso público a bajo costo. Y lamentablemente se nos ha olvidado, o lo hemos perdonado, con tal de que no se lleven a otra ciudad la franquicia deportiva de nuestros amores.

Hubo desde luego casos en que la iniciativa privada construyó sus propias instalaciones y ello lleva al punto final de mis reflexiones por esta ocasión: la evidencia de la participación de diferentes sectores de la sociedad en la consecución y creación de espacios deportivos durante la primera mitad del siglo xx. Entre el llano y el estadio, podemos ver un camino en el que se involucraron sindicatos, gobernantes, clérigos y empresarios, y también hubo profesores, comerciantes, obreros y estudiantes. Bien podemos encontrar aquí un asunto de Estado que nos lleve a entender mejor la construcción histórica de nuestra sociedad durante el siglo xx.

¹⁷ HN, *El vocero del Norte*, Dir. Antonio Villa Bustamante, San Miguel de Allende, Gto., 27 de noviembre de 1960.